

La logística en la guerra de la Independencia 1808-1814



José Pardo de Santayana
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Historia Militar

1 de noviembre de 2021

Es de sobra conocido que una de las razones que dio a Napoleón una gran ventaja en las operaciones militares fue la liberación de la tiranía de la logística, haciendo que sus ejércitos vivieran sobre el terreno de los recursos del país que transitaban u ocupaban. Esto no impidió que realizara preparativos logísticos —algunos de grandes proporciones como en Rusia— para el inicio de sus campañas. Este nuevo enfoque operativo permitió que las tropas napoleónicas se movieran con mayor velocidad y profundidad, sin verse limitadas por la distancia a sus bases. Gracias a ello el «Gran Corso» pudo llevar a cabo amplias maniobras con el objetivo de forzar batallas decisivas con las cuales imponía a sus adversarios una paz y unas condiciones muy favorables para su proyecto de dominio imperial.

Pues bien, esta circunstancia que le había dado unos triunfos asombrosos en las grandes campañas anteriores, se volvió contra él en la conquista y ocupación de España (1808-14). Se imponen las preguntas: ¿por qué ocurrió esto?, ¿cuáles fueron sus consecuencias?

La guerra de la Independencia con su dimensión insurreccional terminó generando una dinámica estratégica de desgaste. Las batallas ganadas no obtenían réditos políticos. Únicamente se ampliaba algo el territorio dominado y se fue reduciendo la capacidad militar de la fuerza convencional española. No obstante, las tropas derrotadas volvían a reorganizarse y un tiempo después se presentaban de nuevo para medir sus fuerzas con el ocupante. La guerra se prolongó sin un resultado satisfactorio para el Emperador. Más bien al contrario, los mitos de invencibilidad y de liberador de pueblos, sobre los que el Bonaparte había construido su modelo de dominio imperial, quedaron seriamente dañados.

Para dar batalla, las fuerzas imperiales tenían que concentrarse, dejando la retaguardia poco guarnecida, lo que facilitó que en los espacios vacíos arraigara y fuera adquiriendo consistencia el fenómeno guerrillero. Esto exigió a su vez un ejército de ocupación cada vez más voluminoso. Así, a mediados de 1811, en España llegó a haber más de 350 000 tropas imperiales. Comparémoslo con la *Grande Armée* que en las campañas de 1805 y 1806-07 se enfrentó con 200 000 hombres a las coaliciones ruso-austriaca y ruso-prusiana, muy superiores en volumen de fuerzas y capacidad operativa a la coalición aliada que entonces combatía en el territorio peninsular.

Pues bien, la península ibérica no disponía de recursos suficientes para sostener en las condiciones requeridas unas tropas tan voluminosas. Además, tanto en España como en Portugal había amplias regiones que por su orografía, clima y suelo apenas producían sustento para la escasa población y sus ganaderías y difícilmente podían ser utilizadas para la permanencia prolongada de fuerzas importantes.

Únicamente en los valles del Ebro, del Duero y del Guadalquivir, en La Mancha y en las huertas de Valencia y Murcia –más o menos la mitad del reino de España– los ejércitos imperiales pudieron encontrar los recursos necesarios para su subsistencia.

Con el paso del tiempo la permanencia de las fuerzas en un determinado lugar y, sobre todo, el tránsito repetido de tropas por una zona concreta terminó reduciendo la capacidad de dicha región para sostener tropas, disminuyendo la movilidad de unos ejércitos que habían hecho de su capacidad de marcha y de su agilidad maniobrera la base de su excelencia militar. Todo ello sin tener en consideración el impacto negativo sobre la población, exacerbada por las penurias a las que se veía sometida.

La época del año también tenía una seria incidencia para que grandes volúmenes de tropas pudieran evolucionar por determinados lugares del teatro de operaciones. Así, la época de la cosecha, con gran cantidad de recursos disponibles y que varía

significativamente del norte al sur de la Península, favorecía el desarrollo de grandes operaciones militares. Las estaciones de lluvia también tenían una importante incidencia en la España seca, tres cuartas partes de su territorio, al permitir la hierba verde que brota tras la lluvia la subsistencia de mayor cantidad de caballos y de bestias de carga y tracción que acompañan a los ejércitos.

El dominio del mar por parte británica también tuvo un gran impacto logístico, ya que permitió, no solo el abastecimiento continuo de la fuerza expedicionaria, sino también el de las fuerzas españolas que sobrevivían en los flancos cantábrico y mediterráneo, mientras que impedía que los franceses mantuvieran unas líneas logísticas marítimas desde los cercanos puertos del país vecino hasta los españoles que estaban en su poder como Santander, Barcelona y, posteriormente, Tarragona y Valencia. Esto les obligó a mantener largas líneas de comunicaciones que consumían tropas y recursos y resultaban muy vulnerables a las omnipresentes fuerzas guerrilleras.

No se trató pues de campañas rápidas donde las tropas a su paso iban apoderándose de los recursos necesarios para su vida y operaciones militares. Al contrario, las fuerzas ocupantes, una vez detenidas tenían que dispersarse para sobrevivir. Después debían dedicar tiempo para reunir depósitos que les permitieran permanecer concentrados por un tiempo en el momento que hubiera que presentar batalla. La obtención de recursos de subsistencia, el despliegue en los territorios que disponían de ellos en mayor cuantía y la protección de las líneas de comunicaciones se convirtió en uno de los principales factores que determinaron los ritmos y la lógica estratégica de las operaciones napoleónicas en aquella guerra.

El caso de Cataluña resultó paradigmático. Desde los primeros días de la guerra, las fuerzas imperiales ocuparon dos plazas: Figueras que les aseguraba una entrada cómoda desde Perpiñán y Barcelona que, por ser la capital del principado, tenía una gran importancia política. Pero, desde el punto de vista militar, la ocupación de esta gran ciudad constituía una gran carga. El problema esencial consistía en asegurar la comunicación con Barcelona para aprovisionarla, cuando, incluso en tiempo de paz, nunca había podido vivir de los escasos recursos de la provincia. Como la flota inglesa disponía de la supremacía naval, no podía plantearse que llegaran convoyes por alta mar, lo que sólo dejaba a los franceses dos posibilidades: el cabotaje o los convoyes terrestres.

Para asegurar el primer modo de transporte los imperiales habían llevado a cabo el sitio de Rosas, tomado las islas Medas y ocupado temporalmente los puntos esenciales de la costa: Cadaqués, Begur, Palamós, San Feliú de Guixols, Blanes, Mataró...; pero los vientos, las tormentas, el corsario aliado y la falta de pequeños buques, constituían otras tantas dificultades más o menos permanentes.

Para poder conducir convoyes terrestres, los generales de Napoleón, habían asediado Gerona, lo que había llevado todo 1809 y costado unos 20 000 hombres, después, al no poder utilizar la ruta costera que se encontraba bajo el fuego de los navíos ingleses, tuvieron que perder los primeros meses de 1810 para asegurarse la posesión de Hostalrich. Con ello, no obstante, no habían asegurado un paso seguro de los convoyes, dado que una vez llegados a Hostalrich —habiéndose arriesgado a ser atacados por los somatenes en particular entre la Junquera y Capmany, y después entre Bácsara y la Cruz de Falines— éstos solo podían seguir su marcha con la escolta de al menos una división. Las tropas regulares españolas, advertidas de los preparativos enemigos, venían en general a esperar los convoyes entre San Celoni y Granollers en el desfiladero de Trentapassos.

Como un convoy por dicha ruta no podía conducir víveres para más de dos meses, como además la concentración de un convoy de esa importancia en los alrededores de Gerona y a partir de mercancías venidas de Francia, exigía alrededor de tres semanas y como la ida y vuelta de Gerona a Barcelona llevaba unos diez días, se puede constatar que el general en jefe francés apenas disponía de tiempo sobrante más allá de la apremiante misión de aprovisionar la capital (Sarramon, Jean. *Contribución a la historia de la Guerra de la Independencia en la Península Ibérica contra Napoleón I*. Tomo I, Ministerio de Defensa, 2010).

La fuerza expedicionaria británica experimentó la evolución opuesta. Si, inicialmente, se vio obligada a operar ceca de la costa para obtener los recursos de los barcos que la acompañaban y sufrió graves carencias cuando se alejó de los convoyes navales, Wellington pronto se dio cuenta de la necesidad de constituir un sistema logístico a modo de cordón umbilical que uniera por mar y tierra su ejército con las islas británicas. Los puertos portugueses de Oporto y Lisboa se constituyeron en bases logísticas. El Tajo y el Duero permitían acercar las cargas hasta Abrantes y Lamego. Desde allí las grandes unidades eran abastecidas a través de malos caminos por medio de convoyes de carros y mulas.

El caudillo británico, siempre bien informado por la red insurrecta presente en todo el territorio español, disfrutó así de la ventaja de poder mantener su fuerza concentrada y desplegada en el lugar que la lógica estratégica le imponía. Sus oponentes imperiales, cuyo sistema de información y comunicaciones se veía entorpecido por la misma red insurrecta, tenían que esperar al momento adecuado para reaccionar a los movimientos enemigos o para tomar la iniciativa ofensiva y disponían de muy poco tiempo —el que determinaban los depósitos acumulados y los recursos que los soldados llevaran sobre sus hombros— para llevar la operación a buen término. Wellington podía elegir entre no presentar batalla, retirándose oportunamente, o darla si las condiciones le eran muy favorables.

Lógicamente, cuanto más se apartaba de la frontera portuguesa, más dificultades experimentaba el lord inglés para mantener su fuerza bien abastecida y en, cualquier caso, dependía de las estaciones de lluvia si quería penetrar con profundidad en el interior de España.

A lo largo de la frontera hispano-portuguesa —durante mucho tiempo línea de separación de los ejércitos contendientes—, la única región donde podía establecerse de forma permanente un cuerpo de ejército imperial —no un ejército entero— era la Tierra de Barros en la provincia de Badajoz. Con el paso del tiempo y la presencia y tránsito de tropas ocupantes, la franja fronteriza fue perdiendo capacidad para el sostenimiento de dichas tropas, con el resultado de verse estas obligadas a desplegar cada vez más lejos y estar en peores condiciones para reaccionar frente a las iniciativas aliadas.

Entre los generales franceses, solamente Luis Gabriel Suchet, el único que alcanzó la condición de mariscal en la Península, reconoció oportunamente la importancia de la logística y de la necesidad de pacificar la retaguardia para que esta pudiera organizarse con eficacia. Esto le permitió ir de victoria en victoria, conquistar las plazas fuertes catalanas en poder de los españoles en su camino de Zaragoza a Tarragona y dirigirse finalmente a Valencia que cayó en enero de 1812.

Curiosamente, el más notable de todos los guerrilleros españoles, Francisco Espoz y Mina, también fue el caudillo insurrecto que mostró mejor capacidad organizativa y mayor habilidad para resolver los asuntos de naturaleza logística, estando sus voluntarios siempre bien vestidos y alimentados y no faltándoles la paga (Iribarren, José María. *Espoz y Mina el guerrillero*. Aguilar, 1965).

La falta de atención a la logística de unos ejércitos napoleónicos acostumbrados a un modelo de guerra muy distinto, terminaría convirtiéndose en uno de sus talones de Aquiles y en una de las causas por las que la guerra de la Independencia resultó tan devastadora para España.

Por otra parte, para entender dicha contienda militar en toda su profundidad y complejidad hay que reforzar la importancia que se otorga a la logística en el análisis militar y político de la guerra. Los generales que más laureles cosecharon en ella, Wellington y Suchet, se caracterizaron precisamente por el esfuerzo dedicado a organizar adecuadamente la logística, no fue una casualidad.